

VIDA DE NAPOLEÓN BONAPARTE

FRAGMENTOS

I

Estado de la opinión francesa en 1794.—Córcega: sus costumbres y su lucha contra Génova y contra Francia.—Paralelo entre Paoli y Napoleón.—La familia Bonaparte.—MM. de Marbœuf y de Narbonne.—Napoleón en Brienne.

Al escribir la primera frase de la historia de Napoleón experimento una especie de sentimiento religioso, pues que se trata, en efecto, del hombre más grande que ha aparecido en el mundo después de César, más aun si el lector se ha tomado el trabajo de estudiar la vida de éste en los textos de Suetonio, Cicerón y Plutarco y en los *Comentarios*, pues, en tal caso, me atrevo á decir que vamos á recorrer juntos la vida del hombre más admirable que ha aparecido después de Alejandro, de quien no tenemos los detalles suficientes para poder apreciar justamente la dificultad de sus empresas.

Durante veinte años, he esperado que alguien de los que han visto á Napoleón se encargaría de relatar su vida, pero viendo al fin que este gran hombre queda cada vez más relegado al olvido, no he querido morir sin antes reseñar la opinión que tenían de él algunos compañeros de armas, pues no obstante las vulgaridades de que estaba rodeado en el palacio de las Tullerías, entonces centro del mundo, había en

éste un cierto número de hombres que pensaban libremente.

El entusiasmo por los principios republicanos, sentido ya desde la infancia, el desprecio excesivo hasta el odio por la manera de proceder de los reyes, á los cuales se combatía, como asimismo por los más efímeros usos militares que se veían practicar por sus tropas, habían hecho nacer en muchos de nuestros soldados de 1794 el sentimiento de que sólo los franceses eran seres razonables y por el contrario, que los habitantes del resto de Europa que luchaban para conservar sus cadenas no eran más que lastimosos imbéciles ó bribones vendidos á los déspotas que nos atacaban. *Pitt y Cobourg*, cuyos nombres oímos aún alguna que otra vez repetidos por el lejano eco de la revolución, parecíannos los jefes de estos bribones y la personificación de todo cuanto en el mundo existe de traidor y de estúpido. En aquel entonces, todo estaba dominado por un sentimiento profundo cuyos vestigios han ya desaparecido; imagínese el lector, si tiene menos de cincuenta años, que, según los libros, en 1794 no teníamos religion alguna y que nuestro sentimiento interior y principal estaba sintentizado en esta idea: *ser útil á la patria*.

Todo lo demás, vestido, alimentación, buena posición, no eran á nuestros ojos más que un miserable y efímero detalle; por otra parte, como no había sociedad, el *éxito* en la misma, cosa tan principal en el carácter de nuestra nación, tampoco existía en aquel entonces.

En la calle se inundaban de lágrimas nuestros ojos al encontrar en la pared una inscripción en honor del joven tambor Barra, (que se hizo matar á los trece años antes que renunciar á prevenir por medio de su caja una sorpresa enemiga). Para nosotros, que no conocíamos otra clase de reuniones, había fiestas, numerosas ceremonias emocionantes que alimentaban

el sentimiento que dominaba enteramente nuestros corazones.

Tal era nuestra única religion. Cuando Napoleón apareció é hizo cesar las continuas derrotas á las cuales nos exponía el mal gobierno del Directorio, sólo supimos ver en él la *utilidad militar* de la dictadura. Sus victorias, sus actos todos, los juzgábamos por las reglas de la religion que, desde nuestros primeros años, hacía latir nuestros corazones: no veíamos en él de estimable más que *la utilidad á la patria*.

Más tarde hemos sido en algunas ocasiones infieles á esta religion, pero en todas las excepcionales circunstancias, al igual que la religion católica hace con sus fieles, ella ha vuelto á imperar en nuestros corazones.

No sucedió lo mismo con los hombres nacidos hacia 1790, y que á los quince años, en 1805, cuando empezaron á abrir los ojos del entendimiento, vieron como á primer espectáculo las tocas de terciopelo ornadas de plumas de los duques y condes recientemente creados por Napoleón; pero nosotros, antiguos servidores de la patria, sólo sentíamos desprecio por la ambición pueril y el entusiasmo ridículo de esta nueva generacion. Y hasta entre los habitantes mismos de las Tullerías, que ahora poseían carruajes con flamante escudo de armas en el albardón, muchos hubo entre ellos que miraron estas cosas como un condenable capricho de Napoleón; los menos ardientes veían en ellas una fantasía *perniciosa para sí mismos*; y ninguno de los que pasaban de los cincuenta años creía en su duracion.

Estos hombres, bien distintos de la generacion entrada en filas en 1805, no sentían el entusiasmo y la dicha de las primeras campañas de Italia, en 1796, más que cuando el Emperador partía con su ejército. A su debido tiempo ya reseñaré la repugnancia con que el ejército reunido en Bolonia, en 1804, recibió la pri-

mera distribución de las cruces de la Legión de honor, como también hablaré más tarde del republica- nismo y de la desgracia de Delmas, Lecourbe, etc.

Igualmente en el interior de las Tullerías, entre los mismos que amaban sinceramente á Napoleón, cuando creíanse á cubierto de las investigaciones de Savary, en su intimidad, había hombres que no admitían otra base para juzgar las acciones del Emperador que la de la *utilidad á la patria*. Tales fueron Duroc, Lava- lette, Lannes y algunos otros; tales hubieran sido acé- rrimamente Desaix y Cafarelli-Dufalga; y, cosa ex- traña, tal era el mismo Napoleón, pues él amaba á Francia con toda la debilidad de un enamorado.

Tal fué también constantemente madama Lætitia, madre de Napoleón. Esta rara mujer, de un carácter que puede decirse único en Francia, tenía, por enci- ma de los demás habitantes de las Tullerías, la creen- cia firme, sincera é inquebrantable de que la nación despertaría pronto ó tarde, y que todo el boato creado por su hijo se derrumbaría algún día á riesgo de he- rirle en su caída.

Este gran carácter me conduce por fin á mi ob- jeto, que es ahora la historia de la infancia de Na- poleón.

La isla de Córcega es una vasta agregación de montañas coronadas por bosques primitivos y surea- das por profundos valles; en el fondo de éstos se en- cuentran pequeñas extensiones de tierra vegetal y algunas hordas salvajes, poco numerosas, que se ali- mentan de castañas; estas gentes no ofrecen en nada la imagen de la sociedad y sí más bien la de una co- lección de eremitas agrupados únicamente por la nece- sidad. Aunque pobres en extremo, no son avaros y no sueñan más que en dos cosas: vengarse de sus enemi- gos y amar á sus manebas. Todo es honor en ellos, honor más razonable empero que el de París del si- glo XVIII; pero en cambio su vanidad está tan pro-

pensa á sentirse herida como la de cualquier burgués rural. Si al pasar por un camino uno de sus enemigos suena el cornete desde lo alto de la montaña vecina, es preciso sin titubear matar á este hombre.

Los profundos valles, separados entre ellos por las crestas de altas cadenas de montañas, forman la divi- sión natural de la isla de Córcega y se les llama *pieve* (1).

Cada *pieve* sustenta algunas familias influyentes, que se detestan cordialmente entre sí, reunidas alguna vez, pero habitualmente enemistadas; á la amenaza de un peligro común los odios se olvidan por algunos meses; son, en resumen, corazones ardientes que por sentir la vida tienen necesidad de amar ó de aborre- cer con pasión.

La ley admirable del balazo hace que reine entre ellos una gran disciplina; pero en ninguno hallaréis el profundo servilismo de que está rodeado un noble de un lugar alemán.

El más pequeño propietario de una *pieve* no hace en vano la corte al poderoso propietario, vecino suyo; solamente se alía á él, con su fusil al hombro, cuando la vanidad de ambos ha sido herida por la misma causa. Si Paoli fué fuerte en la guerra contra los ge- noveses y después contra los franceses de Luis XV, fué debido á que muchas *pieve* estaban de su parte.

Desde 1755, Pascual Paoli, elegido jefe de los in- surrectos, procuró apoderarse de los lugares más montañosos de la isla y logró relegar enteramente á los genoveses á las plazas marítimas.

Estos tiranos de Córcega, desesperados de no po- derla dominar, llamaron en su ayuda á los franceses, quienes acabaron por hacer la guerra por cuenta pro- pia á los insurrectos, por lo que los patriotas de Cór- ceга concluyeron por detestar á los franceses, here-

(1) Parroquia.

deros de sus tiranos y tiranos después ellos mismos (1).

En aquel entonces, dirigía la Guerra y las Negociaciones extranjeras de Luis XV, el duque de Choiseul.

Entre los jefes más apasionados por la insurrección de Córcega y los más fieles compañeros de Paoli, se distinguía Carlos Buonaparte, padre de Napoleón, de veinticuatro años de edad, nacido en Ajaccio en 1744 de una familia noble que se estableció en la isla á fines del siglo XV. Carlos Buonaparte, heredero de una fortuna mediana, administrada por dos tíos distinguidos suyos, sacerdotes, había estudiado leyes en Pisa (Toscana). A su vuelta á la patria se casó, sin consentimiento de sus tíos, con Lætitia Ramolini, tenida por la más seductora joven de la isla; en cuanto á él era igualmente de muy buena constitución y de muy buen trato.

En 1768, habiendo llegado á su grado máximo las hostilidades entre franceses y corsos y habiendo los primeros invadido la isla con tropas numerosísimas, Carlos Buonaparte se refugió en Corte al lado de Pascual Paoli, y no queriendo dejar rehenes á los franceses llamó á su lado á sus tíos y á su esposa.

Paoli había puesto mucha confianza en él. Se atribuye á Carlos Buonaparte la proclama á la juventud corsa publicada en Corte en Junio de 1768, é insertada después en el IV volumen de la Historia de Córcega de Cambiagi.

Después de la sangrienta derrota de Ponte Novo, que dispó todas las ilusiones de independencia concebidas por Paoli y sentidas también por la mayoría de la nación corsa, Carlos Buonaparte fué de aquellos firmes patriotas que no desesperaron aún y que qui-

(1) *Memorias de Dumouriez*. Primer vol.—*Historia de Córcega de Cambiagi*.

sieron acompañar á Clemente Paoli, hermano del general, á Niolo. Esperaban poder sublevar á los habitantes de esta bélica provincia y lanzarlos contra el ejército francés que avanzaba á grandes pasos, pero esta tentativa no obtuvo resultado alguno.

Clemente Paoli, siempre acompañado de Carlos Buonaparte, pasó de Niolo á Vico, con el intento de probar una lucha decisiva, pero la rápida sucesión de los acontecimientos inutilizó tan nobles esfuerzos, y tanto Clemente Paoli como su ilustre hermano vieron obligados á huir de la patria que habían querido sustraer al yugo del extranjero.

Durante los desastres de estas desgraciadas expediciones de Niolo y Vico, Carlos Buonaparte fué constantemente seguido por su joven y bella compañera. Se la vió afrontar los peligros de la guerra y compartir todas las fatigas de los insurrectos, cuyas operaciones tenían lugar en las montañas más salvajes y en medio de escarpadas rocas. Madama Buonaparte, no soñando como su marido más que en salvar á la patria de la dominación extranjera, prefería soportar tales sufrimientos impropios de su sexo y de su posición, al asilo que los conquistadores de la isla le ofrecían. Un tío suyo, miembro del consejo superior nuevamente instituído por el general francés, era el intermediario de tales ofrecimientos, tomando por pretexto el estado avanzado de preñez de madama Buonaparte.

En el mes de Junio, cuando después de la huida de los dos hermanos Paoli, toda esperanza fué definitivamente perdida por los patriotas, Carlos Buonaparte, que de Vico se había refugiado en la pequeña aldea de Appietto, volvió á su posesión de Ajaccio con su joven esposa, embarazada de siete meses.

El 15 de Agosto de 1769, día de la Asunción, madama Buonaparte estaba oyendo misa, cuando fué presa de tan agudos dolores que se vió obligada á

volver á su casa á toda prisa; y no pudiendo llegar hasta su alcoba parió en la antesala sobre una antigua alfombra ornada de grandes figuras de héroes. El niño recibió el nombre de Napoleón, en memoria de un tío que Carlos Buonaparte había perdido el año anterior, en Corte, en su fuga.

En medio del malestar general y de todos los desórdenes que siguen á una larga guerra civil y al establecimiento de una nueva dominación; en el seno de una familia poco rica y que aumentaba cada año, Napoleón debió recibir sobre todo la educación de la necesidad. Es desconocida en Francia la severidad de costumbres del interior de una familia italiana, sin ningún movimiento, sin ninguna palabra inútil y en sombrío silencio casi siempre. El joven Napoleón es indudable que no recibió la influencia de ninguna de las afectaciones francesas que despiertan y cultivan tan prematuramente la vanidad de nuestros hijos y y logran hacer de ellos juguetes agradables á los seis años y jóvenes en extremo necios á los dieciocho. Napoleón ha dicho de sí mismo: «Yo no era más que un niño obstinado y curioso.»

Narraciones, aunque poco auténticas, lo confieso, nos le representan, en sus primeros años, como un pequeño ser turbulento, sagaz, astuto, listo en extremo. Tenía, según él mismo, sobre José, su hermano mayor, una superioridad completa. Cuando éste era insultado, maltratado, iba á quejarse á su madre, la cual murmuraba que el pobre José no había tenido tiempo aun de abrir los ojos. José estaba muy celoso de la superioridad de su hermano y de la preferencia de que era objeto.

Algunos filósofos han emitido la idea de que el carácter de un hombre le es transmitido por la madre y que este caracter principia á formársele á la edad de dos años, llegando á su manifestación completa á la de cuatro ó cinco. Esto será verdad referente á los

hombres del mediodía, de carácter sombrío y apasionado; son seres que, desde los primeros años de su infancia, tienen una determinada manera de procurar su dicha, que comúnmente se aplica á cosas diferentes, pero que siempre es la misma en su esencia.

¡Qué circunstancias debieron rodear la cuna de Napoleón! Veo una madre remarcable por un espíritu superior, no menos que por su belleza, encargada del cuidado de una familia numerosa, una familia bastante pobre que crece y se eleva en medio de odios y de agitaciones violentas, de treinta años de descontento y de guerra civil. Más adelante veremos el horror profundo que inspira á Napoleón el coronel Buttafoco, que no tiene otra culpa que haber hecho la guerra á Paoli y seguido la causa contraria á la de los Buonaparte.

El nombre de Paoli resonaba en Córcega. Esta pequeña isla, vencida, pero orgullosa, se envanecía de ver que el nombre de su héroe era repetido y celebrado en toda Europa. Toda grandeza, toda habilidad, fué pues representada en el espíritu del niño Napoleón por el nombre de *Pascual Paoli*, y, casualidad extraña, Paoli fué el tipo y la imagen mismas de la futura vida de Napoleón.

A la edad de veintinueve años debuta aquél como á primer jefe, y tiene á cada momento en sus labios las máximas de los Plutarco y los Tito-Livio, que son el catecismo de Napoleón.

Paoli hace en Córcega, en miniatura, todo lo que Napoleón hará más tarde entre nosotros en su sucesión al necio gobierno del Directorio. Primero la conquista, después la organización. De la misma manera como Napoleón conquista la independencia de Francia en Marengo, Paoli conquista las montañas de Córcega contra los genoveses, organizando en ellas después la administración, la justicia y hasta la instrucción pública.

Durante mucho tiempo Paoli es á la vez administrador, político y guerrero. Se ve obligado á ponerse en guardia contra el veneno de los genoveses como Napoleón contra la *máquina infernal* de los realistas y el puñal de Georges Cadoudal. Y por fin vese derribado y arrancado á un pueblo amado por él, por la dominación extranjera, frente á fuerzas superiores á las supas. Paoli vese forzado á embarcarse y buscar un refugio lejos de su patria.

Todos estos esfuerzos de hombre superior eran el objeto de la conversación habitual de los corsos.

Así, por una fortuna poco común, que ni los hijos de los reyes han nunca tenido, nada mezquino, nada trivial y vanidoso mueve á los seres que rodean la cuna de Napoleón.

Supongámosle nacido en 1769, como segundo hijo de un marqués de Picardie ó del Languedoc el cual tuviese veinticinco mil libras de renta. ¿Qué sentiría en su alrededor? Anécdotas de galantería, relatos mentirosos sobre la antigüedad de su raza, el *aguijón* del marqués, su padre, contra un modesto hidalgo vecino suyo que, bajo el pretexto de haber recibido tres heridas, fué nombrado capitán dos años antes que él; pero que en revancha, el marqués, por la protección del príncipe de Conti, obtuvo la cruz de San Luís tres años antes que el otro. El marqués, hablando sin cesar en desprecio de las *gentes de negocio* (1) especialmente del intendente de la provincia, cuyas caballerías aventajan á las supas; pero que en compensación ha obtenido un puesto de honor, como primer mayordomo de la parroquia en la cual se encuentra el palacio del intendente, lo que debe deses- perar á éste.

En lugar de estas miserias, Napoleón sólo oye ha-

(1) *Memorias de Mirabeau*, por M. Lucas de Montigny, tomo I y II. Compárese la infancia de Mirabeau á la de Napoleón.

blar de la lucha de una enorme fuerza contra otra fuerza enorme también: los guardias nacionales de una pequeña isla de ciento ochenta mil habitantes, capitaneados por un joven, elegido por ellos, luchando osados contra el reino de Francia que, humillado y derrotado, acaba por enviar á Córcega á veinticinco mil hombres y al conde de Vaux, su mejor general.

Tales cosas son referidas á Napoleón niño por una madre que ha evitado muchas veces las balas francesas; y en esta lucha, toda la gloria es para el ciudadano que resiste; el soldado no es más que un vil mercenario que gana su salario.

En nuestros días, en que tantos personajes se contradicen porque todo para ellos es comedia y nadie se atreve á obrar sinceramente y á huír de los goces de la vanidad, únicos existentes en el norte de Francia en el siglo XIX, pocas existencias han sido tan puras de hipocresía y según mi parecer tan nobles, como la de madama Lætitia Buonaparte.

La hemos visto en los primeros años de su juventud desafiar los grandes peligros por amor á su partido. Más tarde ha tenido que resistir pruebas más fuertes quizás, en que ella no hase visto sostenida por el estado de excitación y de entusiasmo general que acompaña á la guerra civil. Existe en Córcega una ley terrible muy parecida al famoso *hors la loi* de la revolución francesa. Cuando esta clase de *¡clamor de justicia!* se proclama contra una familia, se incendian sus bosques, se cortan sus viñas y sus olivares, se matan sus cabras, se queman sus casas; la ruína es completa y sin remedio en un país pobre, donde no existe ningún medio para retornar á un relativo estado de comodidad. Tres veces Pascual Paoli, después de su vuelta á la isla como general francés y su rebeldía en favor de los ingleses, amenazó con esta terrible ley á madama Buonaparte, pobre, viuda y sin sustento; y tres veces ella le envió la respuesta de

que era demasiado pequeño el peligro para hacerle abandonar el partido francés. Su fortuna fué destruída y peligros personales la obligaron á salvarse huyendo á Marsella con sus pequeños hijos. Creía ella ser acogida en Francia como una mártir del patriotismo; al contrario, fué despreciada porque era pobre y sus hijas se veían obligadas á ir al mercado.

Nada pudo turbar á esta alma elevada, ni el desprecio de los marseleses en 1793, ni los honores tan inesperados de la corte de su hijo, siete años más tarde. Llegada al último término de su vejez, refugiada entre los enemigos de su nombre y de su patria, en medio del gozo que inspira á éstos la muerte de su hijo y de su nieto, soporta esta desgracia con una dignidad natural y fácil, como antes soportó las amenazas de Paoli. Nunca se queja ni nunca cae en la más ínfima de las miserias de la vanidad que agotan todo entusiasmo por los príncipes y princesas que en nuestros días hemos visto caer del trono. Esta alma firme se guardó muy bien de nombrar á sus enemigos y de hablar de su hijo (1).

La madre de Napoleón fué una mujer comparable á las heroínas de Plutarco, á las Porcia, á las Cornelia, á las madama Rolland. Este carácter impasible, firme y ardiente, recuerda aún más las heroínas italianas de la edad media, que no cito porque son desconocidas en Francia (2).

Es pues por el carácter perfectamente italiano de madama Lætítia por el que debe explicarse el de su hijo.

Según mi parecer no se encuentra otro carácter

(1) Madama Lætítia ha muerto en Roma el 1.º de Febrero de 1836 en el palacio de Venecia. La policía de Gregorio XVI ha hecho silbar su cortejo en el corto trayecto que ha recorrido, por haber ido desde su palacio á la iglesia de Sta. María en *via lata*.

(2) Diccionario de las mujeres célebres del profesor Levati. Milán 1820.

análogo al de Napoleón sino entre los *condottieri* y los pequeños príncipes de Italia, del año 1400: los Sforza, los Piccinino, los Castruccio - Castracani, etc. Hombres originales, no profundos políticos, en el sentido entendido generalmente, pero al contrario haciendo sin cesar nuevos proyectos á medida que su fortuna aumenta, atentos siempre á aprovechar las circunstancias y no contando de una manera absoluta más que en sí mismos. Almas heroicas, nacidas en un siglo en que todo el mundo busca obrar y no escribir, desconocidas por todos, *carent quia vate sacro* (1) y explicadas solamente en parte por su contemporáneo Maquiavelo. En el plan de este gran escritor que da un tratado del *Arte de escamotear la libertad* á los habitantes de una ciudad, no entró el hablar de los excesos de loca pasión que de repente vienen á averiar el talento del *Príncipe*. El deja pasar en silencio y con gran prudencia los soplos de sensibilidad que, de imprevisto, hacen olvidar toda razón á los hombres, en apariencia calculadores é impasibles.

Tan pronto como la presencia continua del peligro ha sido reemplazada por los placeres de la civilización moderna (2) su raza ha desaparecido del mundo; y, como consecuencia sensible de esta gran transformación moral, las ciudades construídas por prudencia sobre las montañas han decendido á los valles por comodidad; el poder ha pasado del señor feudal intrépido al procurador bribón y al industrial pacienzudo.

(1) Sólo los historiadores originales se ocupan de ellos, Villani, etc. Se les entrevé muy bien en un compendio de Muratori, historiador de primer orden, desconocido en Francia, él y sus héroes. Véanse los *Annali d'Italia*. Cada capítulo, de unas doce páginas, contiene los sucesos de un año; del año 1.º al 1750.

(2) De aquí el horror profundo de Napoleón por las costumbres de la *Regencia*, muy preferibles, según mi modo de ver, á la hipocresía moderna. En 1737 se despreciaba á los hombres que se vendían; se tenía más en cuenta otra cosa que el dinero.

Fué pues en medio de las pasiones y sucesos más parecidos á los del siglo XIV, que sería dado reproducir á los siglos modernos, que nació Napoleón. Tan terribles sucesos podían aplastar á un genio mediocre y hacer del joven corso un esclavo más de Francia, pero con Napoleón no sucedió así.

Desde los primeros años de su edad, el sentimiento de su superioridad fué alimentado en su joven corazón por las atenciones de su familia. Para soportar los gastos de su educación, su familia se determina al sacrificio más grande que un corso pueda hacer: vender un campo. Y nunca se piensa hacer el mismo sacrificio para con su hermano mayor José, que se consume de envidia.

Carlos Buonaparte, al morir, había dicho á José: «tú eres el mayor de mi familia, pero acuérdate de que Napoleón es el jefe de ella.» Precisa saber que en el mediodía, país del odio y del amor, no corrompido por una semi-civilización, la idea de *jefe de familia* tiene una importancia extrema y da privilegios y deberes de los cuales ya no queda idea en nuestras comarcas del norte razonables y calculadoras. Llegado á los catorce años, al principio de su juventud, el peligro mayor para Napoleón no es el de morir bajo el puñal de un enemigo (ya no hay *enemigos* en Francia), sino el de morir de hambre. Antes de soñar en los pasatiempos de la loca juventud ó en mostrarse amable á las mujeres, debe pensar en su pan.

Tal fué su constante pensamiento en Brienne; desde entonces comienza su carácter serio y su amor por las matemáticas, medio fácil para obtenerlo.

Así pues lo que en los primeros años de su niñez había encendido su admiración por Paoli, no se ofusca en nada con las distracciones de la juventud.

Europa comienza á darse cuenta de que los pueblos no tienen más que el grado de libertad conquistado por su audacia, por encima de todo miedo. El

entusiasmo patriótico y la larga revolución de Carlos Buonaparte y de sus compañeros obligaron al gobierno de Luis XV á dar á su pequeño país lo que las más bellas provincias de Francia no tenían: los *Estados provinciales*.

Sea por efecto del genio del duque de Choiseul, sea por la fuerza de las circunstancias, los franceses no persiguieron nunca, en Carlos Buonaparte, el patriotismo que le había hecho resistirles hasta el último momento. Precisa saber también que, siguiendo las costumbres de Italia, el conde de Marbœuf, gobernador de la isla, hacía la corte á madama Buonaparte.

Por decreto del consejo superior de la isla, de 23 de Septiembre de 1771, Carlos Buonaparte fué reconocido noble.

Tres años más tarde el conde de Marbœuf le hace nombrar consejero del Rey y asesor de la ciudad y provincia de Ajaccio.

En 1779 es diputado por la provincia de Córcega en la corte y por último en 1781 es nombrado miembro del Consejo de los Doce nobles de la isla.

En París, Carlos Buonaparte, diputado por Córcega, fué útil á su vez al conde de Marbœuf. Por medio de vergonzosas quejas los diputados de la precedente sesión de los estados de Córcega habían puesto en pugna su reputación.

En aquel entonces había en la isla dos generales franceses muy enemigos uno de otro; eran el conde de Marbœuf, de un carácter dulce y popular, y M. de Narbonne-Pellet, altivo y violento. Este último, de origen y reputación superiores, era peligroso para su rival; dícese que tanto Carlos Buonaparte como la diputación de Córcega, estuvieron del lado de Marbœuf; el hecho es que la corte dió la razón á éste.

Otro M. de Marbœuf, sobrino del general, era arzobispo de Lyon y ministro de la hoja de benefi-

cios; el diputado, que había sido útil al tío de éste, obtuvo tres bolsas.

Una para José, su hijo mayor, para el seminario de Autun. La segunda para Napoleón, para la escuela militar de Brienne. Y la tercera para su hija Mariana, para Saint-Cyr.

La permanencia de Carlos Bonaparte en Francia se prolongó hasta 1779. Cinco años después de su vuelta á Córcega vióse obligado á sostener dos importantes disputas contra la administración, con la agravante de que estaba en mala relación con el intendente.

La primera causa no fué terminada hasta 1786 por su hijo José y de la cual resultó libre. En cuanto á la segunda, pudo terminarla él mismo de una manera favorable igualmente á su familia.

En 1785, Carlos Bonaparte fuése á Montpellier, para consultar á los médicos de esta célebre Universidad sobre un cáncer en el estómago de que estaba atacado; pero los cuidados fueron impotentes y murió en aquella misma ciudad el 24 de Febrero de 1785.

Carlos Bonaparte era un hombre de carácter dulce y amable y que en su país gozaba la fama de tener mucho talento; hablaba en público con facilidad y había llegado á obtener mucho éxito; apesar de no ser devoto, en su última enfermedad hizo llamar á un gran número de sacerdotes. Es lo que sucede á la mayoría de los italianos, aunque no sucedió así con el arcediano Lucien, tío segundo de Napoleón, el cual, debido á la muerte de Carlos, había quedado jefe de la familia.

Era este un ferviente devoto que no murió hasta mucho tiempo después que su sobrino y á una edad muy avanzada. En el momento de morir se disgustó vivamente con el sacerdote Fesch que se había presentado de estola y sobrepelliz. El arcediano le rogó

muy seriamente que le dejase morir en paz y expiró rodeado de todos los suyos, dirigiéndoles muy razonables consejos.

Algunas veces, en los momentos en que Napoleón pensaba en su pasado, había hablado con ternura de su anciano tío, que le sirvió de padre y cuya gran prudencia había admirado. Era uno de los hombres más considerados de la isla; su carácter firme y prudente y su posición de arcediano de Ajaccio, que era una de las primeras dignidades eclesiásticas, hacían que todo el mundo le quisiese y que gozase de una alta influencia.

Debido á su economía, fueron solventados los pequeños asuntos que los gastos y el lujo de Carlos habían dejado olvidados. El arcediano Lucien gozaba sobre todo de una gran autoridad moral en su *pieve* de *Talavo* y en la población de Boccognano, donde estaban situados los bienes de la familia Bonaparte.

La madre de madama Lætitia, que había enviudado, se había casado de nuevo con el capitán Fesch, de uno de los regimientos suízos que los genoveses mantenían en la isla. De este segundo matrimonio nació M. Fesch (1), hoy cardenal, que se encontró ser así semi-hermano de madama Bonaparte y tío de Napoleón en brazos del cual murió ésta en Roma en 1836.

Madama Bonaparte tuvo trece hijos; solamente sobrevivieron cinco hijos y tres hijas.

José, el mayor de todos, al que se quería ordenar á fin de sacar partido de la protección de M. de Marbœuf, ministro de la hoja de beneficios, hizo, en consecuencia, sus estudios, pero llegado el momento de profesar, rehusó absolutamente á tomar el collarín. Se le ha visto sucesivamente rey de Nápoles y de

(1) Muerto en Roma el 13 de Mayo de 1839.

España, y superior en todos conceptos á los reyes contemporáneos suyos. España prefirió en lugar de él al monstruo llamado Fernando VII. Admiro el extremado sentimiento de honor que inflamó á los bravos españoles; pero ¡qué diferencia para ellos, para su dicha, si desde 1808 hubiesen sido gobernados por el sabio José y su constitución!

Luís, hombre de mucha conciencia, ha sido coronel de dragones y rey de Holanda; Gerónimo, fué rey de Westfalia; Elisa, gran duquesa de Toscana, y Carolina, reina de Nápoles.

Paulina, princesa Borghese, ha sido la mujer más bella de su siglo. Luciano, diputado, ministro del interior, embajador en Portugal, no ha querido ser rey, acabando por ser príncipe romano.

Luciano, decía Napoleón, tuvo una juventud borrascosa; desde la edad de quince años fué conducido á Francia por M. de Sémonville, quien hizo de él enseguida un revolucionario celoso y un clubista ardiente. Dícese que publicó algunos folletos jacobinos bajo el nombre de Brutus Bonaparte. No obstante, este jacobinismo no le impidió, en 18 de Brumario, hacer traición á su patria en provecho de su hermano.

A Napoleón hubiera sádole mejor no tener familia.

El carácter de Napoleón ha sido fortalecido en la escuela militar de Brienne por la gran prueba de las almas orgullosas, ardientes y tímidas: el contacto con los enemigos extranjeros.

Napoleón fué llevado á Brienne en 1779 á la edad de seis años; en esta época el establecimiento era dirigido por monjes mínimos. He aquí algunas anécdotas de muy escaso interés.

Napoleón pronunciaba su nombre en acento corso, mucho más francés que italiano; su nombre, que pronunciado por él era poco más ó menos *Napualtone*,

valióle, por parte de sus camaradas, el irritante apodo de *La-paille-au-nez* (1).

Un día el maestro de cuartel, hombre incapaz de adivinar la sensibilidad viva y profunda del alumno extranjero, le condenó á llevar el hábito de buriel y á comer de rodillas á la puerta del refectorio. Tal tratamiento no hubiera sido más que un pasajero desagrado para cualquier otro alumno, pero júzuese lo qué debió parecer al joven insular, que, á sus ojos, veíase forzado por la pobreza á vivir en medio de los opresores de su país. En el momento de serle aplicado el castigo le sobrevino un súbito vómito y un violento ataque de nervios; el superior, que pasaba por casualidad, le sustrajo á un suplicio demasiado fuerte para su organización toda ella orgullo. El padre Patrault, su profesor de matemáticas, corrió en su defensa, quejándose de que, sin más ni más, se degradase así á su primer matemático.

El carácter de Napoleón, decidido, sombrío, nunca distraído por la menor bagatela, excitó muy pronto el odio de todos los franceses camaradas de escuela, que consideraban su resolución imperturbable como una pretensión hostil á su vanidad. Napoleón, pobre y de estatura pequeña y viendo además á su patria oprimida por los franceses, rehuía toda sociedad; se había arreglado una especie de glorieta, donde, en las horas de recreo, se retiraba para leer. Un día sus camaradas propusieron invadir su retiro y él se defendió como un héroe, es decir, como un corso.

El carácter francés, poco rencoroso y que sólo procura divertirse, brilló con todo su esplendor en esta circunstancia; de la envidia para el joven extranjero pasaron sus amigos á la admiración y fué elegido como uno de los jefes de jauría del colegio.

(1) Trad. lit.: *La paja en la nariz*.

En el invierno siguiente cayó mucha nieve, y tuvo la idea de construir una plaza fortificada. Napoleón fué el ingeniero en jefe que dirigió la edificación de las murallas y cuando decidiéronse á atacarla él fué el general de los asaltantes; pero á las bolas de nieve que servían de proyectiles á los dos ejércitos se mezcló alguna que otra piedra, por lo que varios alumnos resultaron heridos y los profesores hicieron cesar el juego.

Nos guardaremos muy bien de deducir grandes consecuencias de estos pequeños hechos, por otra parte muy poco probados; estamos persuadidos de que cosas por el estilo suceden á cada paso á muchos escolares que continúan después siendo hombres insignificantes.

II

Napoleón en Valence.—Imperfección de su educación.—Sus errores en política.—Napoleón de guarnición en Ausona.—Su debut como autor.—Imprime en Aviñón el folleto intitulado: «La cena de Belcaire.»—Revolución francesa: modo como se la considera en el extranjero.—Desórdenes en el interior.—Energía de la Convención.—Napoleón jefe de un batallón de guardia nacional en Córcega.—Se dirige á Tolón en calidad de comandante en jefe de la artillería.

Napoleón á los veintiuno ó veintidós años, debía ser muy diferente de lo que en París se conoce por un hombre amable, y fué gran suerte para él ser del agrado de madama de Colombier. Probablemente sus éxitos en París hubieran sido menos rápidos; júzguese que pensaba con fuerza y que tenía una *muy concisa lógica*. Había leído mucho. Su espíritu era vivo y pronto, su palabra enérgica. En Valence sobresalió y fué del agrado de las damas por sus ideas nuevas y orgullosas, por sus razonamientos audaces. Los hombres temían mucho su lógica y las discusiones á las cuales el convencimiento de su fuerza le arrastraba fácilmente.

Un oficial muy distinguido, pero del antiguo régimen, y muy amable, nos decía francamente un día en Berlín que nada le había asombrado tanto como ver á Bonaparte ganando batallas. De momento había creído que era otro oficial del mismo nombre, hermano de Napoleón. Por las relaciones que en Valence y más tarde en Ausona había tenido con éste, no le había quedado de él otra impresión que la de un charlatán entrometido siempre en interminables discusio-